

Por otra parte si se le condenaba al rey, dejaría por herencia á su familia todas las pretensiones de su raza y particularmente á sus hermanos que eran mas peligrosos y menos desacreditados por su misma debilidad. No viendo el pueblo ya los crímenes sino el suplicio, llegaría quizas á lastimarse de la suerte del rey, y tambien encontrarían los facciosos en aquella disposicion de los ánimos un medio de irritarle contra la convencion nacional. Los soberanos de Europa guardaban un triste silencio, esperando un suceso que pensaban deber escitar una indignacion general, pero apenas hubiese caido la cabeza del rey, todos se aprovecharian de aquel pretexto para echarse sobre Francia y hacerla trozos, en cuyo caso ella misma ofuscada con sus sufrimientos achacaria á la convencion la guerra cruel y desastrosa que iba á seguirse.

Tal era en dictámen de Salles la funesta alternativa en que se hallaba la convencion nacional, y en situacion semejante era necesario que la nacion misma se decidiese á fijar su propia suerte pronunciando la de Luis XVI. Es ciertamente quimérico el peligro de la guerra civil, porque no se suscitó al convocar las asambleas primarias para nombrar una convencion que debia decidir de la suerte de Francia y no parece que fuese mas temible en una ocasion igualmente grave, supuesto que se encargaba á las mismas asambleas primarias la sancion

de la constitucion. En vano se objetan las dilaciones y dificultades de una nueva deliberacion en 44 mil asambleas, porque no se trata de deliberar, sino de escojer entre las dos proposiciones presentadas por la convencion. El modo con que se ha de fijar la cuestion á las asambleas primarias ha de ser así: ¿ Se castigará á Luis XVI con la muerte, ó ha de estar preso hasta la paz? y ellas responderán por estas solas palabras, *preso ó muerto*. Valiéndose de correos extraordinarios pueden llegar en quince dias la respuesta desde los puntos mas lejanos de Francia.

Fue escuchada esta opinion con muy diversas disposiciones y el diputado Serres², que lo era de los altos Alpes, se retractó de su primera opinion, que era la de que se le juzgase, y pidió la apelacion al pueblo. Barbaroux combatió la justificacion de Luis XVI sin concluir nada, porque no se atrevia á absolverle contra el voto de los comitentes, ni á condenarle contra el de sus amigos, Buzot se pronunció en favor de la apelacion al pueblo, pero modificó la opinion de Salles, pidiendo que la misma convencion tomase la iniciativa votando por la muerte, y sin exigir de las asambleas primarias mas que la simple sancion de aquel juicio. Rabaut St-Etienne, aquel ministro protestante que ya se habia distinguido en la constituyente por su mucho talento se indignó de aquella

acumulacion de poderes que ejercia la convencion, y dijo: «por lo que hace á mí estoy ya fastidiado de mi parte de despotismo y me cansa y ridiculiza á mis propios ojos la parte de tirania que estoy ejerciendo, en términos que suspiro tras del momento en que creéis un tribunal que me haga perder las formas y el continente de tirano... Andais buscando razones de política, pero esas están en la historia... Ese pueblo de Londres que tanto habia clamado por el suplicio del rey, fue el primero á maldecir de sus jueces y á prosternarse delante de su sucesor. Cuando Carlos II subió al trono, le dió la ciudad una sobervia comida, el pueblo se entregó á un gozo estravagante, y fue corriendo á asistirse al suplicio de aquellos mismos jueces que Carlos sacrificó á los manes de su padre. ¿Me habeis oido pueblo de Paris y parlamento de Francia?..»

Faure pidió que se revocasen los dos decretos en que se mandaba la formacion de causa; mas al fin apareció el sombrío Robespierre y lleno de cólera y acrimonia dijo; «que él tambien se habia sentado conmovido y vacilante en su corazon. La virtud republicana en presencia del culpable humillado delante del soberano poder. Pero la última prueba de celo que debia darse á la patria era ahogar todo movimiento de sensibilidad.» Entonces repitió todo cuanto se habia dicho sobre

la competencia de la convencion, sobre las eternas dilaciones que se suscitaban á la venganza nacional, y sobre las consideraciones que se guardaban con el tirano, mientras que se estaba atacando sin ninguna especie de reserva á los mas ardientes amigos de la libertad; pretendió que aquella apelacion al pueblo no era mas que un recurso semejante al que habia imaginado Guadet, cuando propuso el escrutinio epuratorio; que el verdadero objeto de aquel recurso pérfido no era otro que el de ponerlo todo en duda, es decir, la diputacion actual, el 10 de agosto y aun la misma república. Contrayendo siempre la cuestion á sí mismo y á sus enemigos, comparó la situacion actual á la de julio de 1791, cuando se trataba de juzgar á Luis XVI por su huida á Varennes, en que Robespierre habia hecho un papel importante. Recordó sus peligros y los esfuerzos felices de sus adversarios para restituir el trono á Luis XVI, y los fusilamientos del campo de Marte que se habian seguido, asi como los peligros que el mismo Luis XVI vuelto á su trono habia hecho correr á la causa pública. Designó pérfidamente á los adversarios de hoy como que eran los mismos de otro tiempo y se pintó tan espuesto como la Francia á igual peligro que entonces, y siempre por las intrigas de aquellos bribones que se apellidaban exclusivamente hombres de bien. «Hoy, añadió Robes-

« pierre, no hablan palabra sobre los grandes intereses de la pátria; se abstienen de pronunciar su opinion sobre el último rey, pero su sorda y pernicioso actividad produce todas las turbulencias que agitan á la patria, y para estraviar á la mayoría que es sana, aunque frecuentemente engañada, persiguen á los mas ardientes patriotas, bajo el título de minoría facciosa. Frecuentemente, añadió se cambia la minoría en mayoría ilustrando á las asambleas engañadas. Siempre la virtud estuvo en minoría en la tierra, pues sin eso ¿estaria poblada de tiranos y de esclavos? Hampden y Sidney eran de la minoría porque que espiraron en un cadalso. Los Critias, los Anitos, los Cesar y los Clodios eran de la mayoría, pero Sócrates era de la minoría porque bebió la cicuta, Caton era de la minoría porque se atravesó las entrañas. » Luego recomendó Robespierre la tranquilidad al pueblo para quitar á sus adversarios el pretesto de hacer pasar los simples aplausos que se dan á los diputados fieles por una rebelion. « Pueblo, gritó, reserva tus aplausos, y huye del espectáculo de nuestros debates. Lejos de tu vista no por eso dejaremos de combatir. » Ultimamente concluyó pidiendo que en el acto mismo fuese declarado culpable Luis XVI y condenado á muerte.

Fuéronse sucediendo los oradores el 28, el 29

y hasta el 31, hasta que al fin tomó por primera vez la palabra Vergniaud y se escuchó con extraordinaria atencion á los girondinos esplicándose por boca de su mejor orador y rompiendo un silencio de que no solo les acusaba Robespierre sino tambien otros muchos.

Principió Vergniaud por desenvolver el principio de la soberania del pueblo, y distinguir los casos en que los representantes deben acudir á ella, porque siempre seria muy largo y dificil reunir un gran pueblo para todos los actos legislativos, aunque hay casos de tal importancia en que no pueden dispensarse de hacerlo. Por ejemplo desde que se principiό la constitucion se sentó como necesario someterla á la sancion nacional, y no es este el único objeto que merezca sancion extraordinaria. Son tan graves los caracteres que presenta el juicio de Luis, bien sea por la acumulacion de poderes que ejerce la asamblea, ó por la inviolabilidad que constitucionalmente se le habia concedido al monarca, ó en fin por los efectos políticos que deben resultar de su condenacion que nadie puede dudar de la suma importancia y necesidad que hay de someterla al mismo pueblo. Despues de haber desenvuelto Vergniaud aquel sistema refutando particularmente á Robespierre, llegó en fin á los inconvenientes políticos de la apelacion al pueblo, y tocó todas las

grandes cuestiones que dividian los dos partidos.

Por de pronto analizó la probabilidad de las discordias que se temian en caso de remitir á la sancion del pueblo el juicio del rey, y reprodujo las razones dadas por otros girondinos, sosteniendo que si no se temia la guerra civil cuando se reuniesen las asambleas primarias para sancionar la constitucion, tampoco alcanzaba el motivo por que debiera temerse reuniéndolas para sancionar el juicio del rey. No era de mucho valor aquella razon tan frecuentemente repetida, por que la constitucion no era el punto cardinal de la revolucion, sino cuando mas el reglamento minucioso de una institucion ya decretada y consentida, que era la república. Pero la muerte del rey era una cuestion formidable, por que se trataba nada menos que de saber si principiando por la muerte para extinguir la monarquia, rompería la revolucion definitivamente con todo lo pasado, y caminaría á fuerza de venganzas y de inexorable energia al fin que se habia propuesto. Ahora pues si esta terrible cuestion tenia ya dividida á la convencion y á Paris, no podia menos de ser muy peligroso proponerla á las 44 mil secciones del territorio Frances. En todos los teatros y sociedades populares se disputaba tumultuosamente y era indispensable que la convencion tuviese la fuerza necesaria para decidirla por sí misma y no entre-

gar la cuestion á la Francia que acaso la hubiera resuelto con las armas.

No pensaba así Vergniaud, sino que participando en este punto de los mismos sentimientos que sus amigos, sostuvo que no era de temer la guerra civil. Dijo que en los departamentos no habian adquirido los agitadores la misma preponderancia que una cobarde debilidad les habia dejado usurpar en Paris; que era verdad que habian recorrido la superficie de la república, pero que en todas partes no habian encontrado mas que desprecio, y no era poca prueba la que habian dado los pueblos de su obediencia á la ley, respetando la sangre impura que corria por sus venas. En seguida refutó los temores que se habian insinuado acerca de la mayoría que se queria pintar como compuesta de intrigantes, realistas y aristócratas, y sobre todo clamó contra aquel orgulloso aserto de que la virtud estaba en minoría en la tierra. « Ciudadanos, dijo, Catilina estuvo en minoría en el senado Romano, y si aquella minoría hubiese prevalecido, adios Roma, adios senado, adios la libertad. En la asamblea constituyente, Maury y Cazales estuvieron en minoría, y si hubieran prevalecido, no existiriais vosotros. Los reyes tambien estan en minoría en la tierra, y para encadenar á los pueblos dicen ellos tambien que la virtud esta en la minoría, y no dejan de asegurar

« que la mayoría de los pueblos está compuesta
 « de intrigantes , á quienes es preciso imponer
 « silencio por el terror , si se quiere preservar los
 « imperios de un trastorno general. »

Preguntó Vergniaud si para formar una mayoría conforme á los deseos de ciertos hombres seria necesario emplear el destierro y la muerte y convertir la Francia en un desierto entregándola á los caprichos de algunos malvados.

Después de haber vengado á la mayoría y á la Francia , trató de defenderse á si mismo y á sus amigos , á quienes pintó resistiendo siempre y con igual valor todos los géneros de despotismo , el de la corte y el de los asesinos de setiembre. Les pintó en la jornada del 10 de agosto , ocupando sus sillas en medio del cañon de palacio , pronunciando la deposicion antes de la victoria del pueblo , mientras que aquellos nuevos Brutos , tan sedientos hoy de degollar á los tiranos abatidos , ocultaban su miedo en las entrañas de la tierra , y esperaban el éxito del dudoso combate que la libertad sostenia contra el despotismo.

Después volvió contra sus adversarios el cargo que estos les habian hecho de provocar la guerra civil. « Sí , dijo , quieren la guerra civil aquellos
 « que predicando el asesinato contra los partidarios
 « de la tirania , aplican este nombre á todas las vic-
 « timas que su rabia pretende sacrificar ; los que

« aguzan los puñales contra los representantes del
 « pueblo , y piden la disolucion del gobierno y de
 « la convencion , los que quieren que la mino-
 « ría se haga árbitra de la mayoría , que pueda
 « legitimar sus juicios á fuerza de insurrecciones ,
 « y que los Catilinas vengan á reinar en el se-
 « nado. Quieren la guerra civil los que predicán
 « esas máximas en todos los sitios públicos y per-
 « vierten al pueblo , acusando á la razon de que
 « es *Fuldense* , á la justicia de pusilanimidad y á
 « la santa humanidad de conspiracion.

« ¡ La guerra civil continuó el orador por haber
 « invocado la soberania del pueblo!..... Sin em-
 « bargo erais mucho mas modestos en julio de 1791 ,
 « porque entonces no aspirabais á paralizarla para
 « reinar en su lugar. Antes al contrario andabais
 « esparciendo una peticion para que se consultase
 « al pueblo acerca de la sentencia que se habia de
 « dar contra Luis á su vuelta de Varennes. Enton-
 « ces queriais lá soberania del pueblo , y no os
 « ocurría la idea de que el invocarla pudiese esci-
 « tar la guerra civil. ¿ Seria porque entonces favo-
 « recia vuestras miras secretas y hoy las contraría ? »

Pasó luego el orador á otras consideraciones relativas á lo que se habia dicho de que la asamblea debia mostrar la necesaria grandeza y valor para hacer ejecutar por si misma su juicio sin apelar al dictamen del pueblo. « ¿ Valor decis ? El valor

« se necesitaba para atacar á Luis XVI cuando es-
 « taba en todo su poder! ¿pero creéis en con-
 « ciencia que se necesita igual valor para enviarle
 « al suplicio vencido y desarmado? Un soldado
 « cimbrío entró en la prision de Mario para dego-
 « llarle, y asustado al aspecto de su víctima echó
 « á correr sin atreverse á herirle. Si aquel solda-
 « do hubiera sido miembro de un senado, ¿ creéis
 « que habria dudado en votar la muerte del tira-
 « no? ¿y que valor encontráis en ejercer un acto
 « de que seria capaz cualquier cobarde?

Luego habló de otro género de valor cual es el
 que se necesita desplegar contra las potencias es-
 trangeras y dijo; « Supuesto que continuamente se
 « está hablando de un grande acto político, no será
 « inútil examinar la cuestion bajo este punto. Es
 « indudable que las potencias esperan este último
 « pretesto para caer todas juntas contra la asam-
 « blea y la Francia; pero las venceremos sin du-
 « da, porque el heroismo de los soldados france-
 « ses es un seguro garante de la victoria, por mas
 « que ocasione aumento de gastos y esfuerzos de to-
 « do genero. Si la guerra nos obliga á hacer nuevas
 « emisiones de asignados, que aumenten en pro-
 « porcion asombrosa el precio de los géneros de
 « primera necesidad; si causa nuevas y mortales
 « heridas al comercio; si hace derramar torrentes
 « de sangre en el continente y en los mares, ¿ cree-

« reis haber hecho grandes servicios á la humani-
 « dad? ¿Qué reconocimiento os deberá la patria
 « por haber hecho en su nombre, y con despre-
 « cio de su soberania un acto de venganza que ha-
 « brá sido causa, ó tal vez pretesto de sucesos tan
 « calamitosos? Y no quiero suponer ni aun la hi-
 « potesis de una derrota, ¿pero aun sin ella os atre-
 « veriais á ponderar vuestros servicios? No habrá
 « familia que no tenga que llorar la pérdida de un
 « padre ó de un hijo; el labrador carecerá de bra-
 « zos; los talleres quedarán desiertos; vuestros te-
 « soros exhaustos reclamarán nuevos impuestos; el
 « cuerpo social cansado de los asaltos que le darán
 « por fuera los enemigos armados, y por dentro
 « las facciones sublevadas, caerá en una mortal
 « languidez. Temblad de que en medio de aque-
 « llos triunfos no venga á asemejarse la Francia á
 « los famosos monumentos de Egipto que han de-
 « safiado al tiempo, y cuando el estrangero pasa
 « junto á ellos, se admira de su grandeza, pero
 « cuando penetra en su interior solo encuentra ce-
 « nizas inanimadas y el silencio de los sepulcros.»

Ademas de estos temores se presentaron otros
 muchos al ánimo de Vergniaud, sujeridos por la
 historia inglesa y por la conducta de Cromwell,
 que fué el autor principal, aunque oculto, de la
 muerte de Carlos I. Este escitando á los pueblos
 primero contra su rey y luego contra el mismo par-

lamento, acabó por deshacerse de este último y se apoderó del supremo poder. « ¿ No habeis oido, « añadió Vergniaud, no habeis oido en este sitio « y en otras partes á varios hombres gritar *que si « el pan está caro la causa está en el Temple; si escasea « el numerario, si nuestros ejércitos están mal provistos, « la causa está en el Temple, y que si cada dia tenemos « que sufrir el espectáculo de la indigencia, la causa está « en el Temple?*

« Los que emplean semejante language saben « muy bien que la carestia del pan, la falta de cir- « culacion de las subsistencias, la mala adminis- « tracion de los ejércitos, y la indigencia cuyo es- « pectáculo nos aflije, dependen de otras causas « que del Temple. ¿ Y cuales son sus proyectos? « ¿ Quien me asegura que esos mismos hombres « que tanto se esfuerzan por envilecer la conven- « cion, y que acaso lo habrian logrado si la ma- « gestad del pueblo que reside en ella pudiera de- « pender de sus perfidias; que esos mismos hom- « bres que proclaman en todas partes la necesidad « de una nueva revolucion y vienen á decirnos que « tal ó cual seccion está en insurreccion perma- « nente, que dicen en el ayuntamiento que cuan- « do la convencion ha sucedido á Luis, no ha he- « cho mas que variar de tiranos, y que se necesita « otro nuevo 10 de agosto; que esos mismos hom- « bres que no hablan mas que de conspiraciones,

« de traidores, de muerte, de proscripciones, que « publican en las juntas de seccion y en sus escri- « tos particulares que es indispensable nombrar « un defensor para la república, que no hay sino « un gefe único que puede salvarla, quien me ase- « gura digo que esos mismos hombres no gritarán « despues de la muerte de Luis, y todavia con ma- « yor violencia, *que si el pan está caro la causa está en « la convencion, si escasea el numerario, si nuestros ejér- « citos están mal surtidos, la causa está en la convencion; « si la máquina del gobierno marcha con dificultad, la « causa está en la convencion encargada de dirigirla; si « las calamidades de la guerra se han aumentado con las « declaraciones de la Inglaterra y la España, la causa « está en la convencion, que fué la que provocó estas de- « claraciones por la precipitada condenacion de Luis?*

¿ Quien me asegurará que á esos gritos sedicio- « sos de la turbulencia enérgica no vendrán tam- « bien á reunirse los de la aristocracia ansiosa de « venganzas, los de la miseria deseosa de mudan- « zas y aun los de la compasion escitada por anti- « guas preocupaciones de la suerte de Luis? ¿ Quien « me asegura que de esa tempestad donde se ve- « rán de nuevo salir de sus guaridas los asesinos « del 2 de setiembre, no se os presentará cubierto « de sangre y como libertador *ese defensor, ese gefe « que se os pinta como tan necesario? ¿ un gefe! ah « si tal fuese su audácia, tal vez no se presentaria*